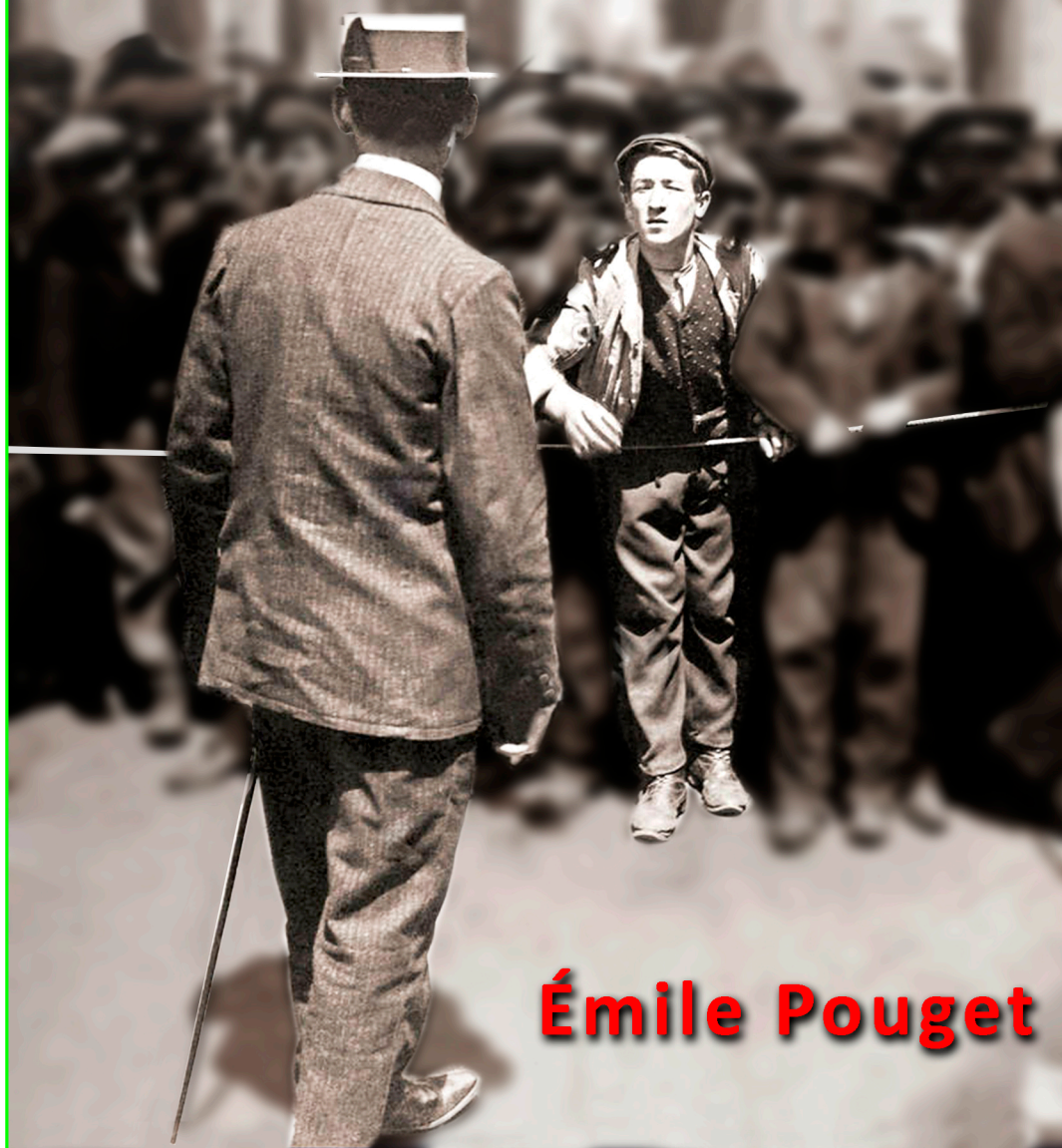


LA ACCIÓN DIRECTA



Émile Pouget

La Acción Directa es la realización autoorganizada de una iniciativa individual o grupal, enfocada en dar respuestas puntuales a situaciones concretas, o para la creación de condiciones más favorables, usando los medios disponibles. Básicamente toda acción organizada directamente por los interesados es directa, en contraste con las acciones indirectas, como son las acciones mediadas, por ejemplo, por representación o delegación política.

Es un principio de acción de muchos movimientos sociales y políticos, como el sindicalismo, el movimiento estudiantil, los pensionados, las organizaciones ecologistas, y en especial los movimientos de resistencia civil. El anarquismo por su parte es una ideología que asume la acción directa como una de sus tácticas de acción y funcionamiento, porque algunos de sus militantes han rechazado el uso de la ley para obtener sus fines.

Émile Pouget, un sindicalista revolucionario francés, de finales del XIX y comienzos del XX, nos lo explica con toda claridad en este escrito.

BIBLIOTHÈQUE DE DOCUMENTATION SYNDICALE

ÉMILE POUGET

L'ACTION DIRECTE

Prix : 0 fr. 30

Édition du « Réveil Ouvrier », 2, Rue Drouin, NANCY

Émile Pouget

LA ACCIÓN DIRECTA

BnF Gallica

Biblioteca Nacional de Francia

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

I. QUÉ SE QUIERE DECIR CON “ACCIÓN DIRECTA”

II. NECESIDAD DE ESFUERZO

III. FUERZA Y VIOLENCIA

Acerca del autor

LA ACCIÓN DIRECTA

QUÉ SE QUIERE DECIR CON “ACCIÓN DIRECTA”

LA ACCIÓN DIRECTA es la simbolización del sindicalismo activo. Esta fórmula es representativa de la batalla librada contra la explotación y la opresión y proclama, con la claridad que lleva consigo, el sentido y el rumbo del esfuerzo de la clase obrera; el asalto que ella lanza, sin tregua, al capitalismo.

La Acción Directa es una noción de tal claridad, de tan evidente limpidez, que se define y explica por su propia declaración. Significa que la clase obrera, en constante reacción contra el entorno actual, no espera nada de los hombres, poderes o fuerzas ajenas a ella; sino que crea sus propias condiciones de lucha y extrae sus medios de acción de sí misma. Significa que, frente a la sociedad actual que sólo conoce al *ciudadano*, ahora está el *productor*. Este último, habiendo reconocido que un agregado social se modela en su sistema de producción, pretende atacar directamente el modo de producción capitalista para transformarlo, eliminar al patrón y así conquistar su soberanía en la empresa, condición esencial para el disfrute de la libertad.

Negación del democratismo.

La Acción Directa, por lo tanto, implica que la clase trabajadora reclama nociones de libertad y autonomía en lugar de doblegarse bajo el principio de autoridad. Ahora bien, es gracias al principio de autoridad, eje del mundo moderno –del que el democratismo es la máxima expresión– que el ser humano, encadenado por mil ataduras, tanto morales como materiales, queda castrado de toda posibilidad de volición y de iniciativa.

De esta negación del democratismo, engañosa e hipócrita, y forma última de la cristalización de la Autoridad, surge todo el método sindicalista. La acción directa parece ser nada más que materialización del principio de libertad; su realización en las masas: ya no en fórmulas abstractas, vagas y nebulosas, sino en nociones claras y prácticas, generando la combatividad requerida por las necesidades del momento; es el final del espíritu de sumisión y resignación, que debilita a los individuos, los convierte en esclavos voluntarios, y es el florecimiento del espíritu de rebelión, elemento fecundo de las sociedades humanas.

Esta ruptura fundamental y completa entre la sociedad capitalista y el mundo obrero, que la Acción Directa sintetiza, la *Asociación Internacional de Trabajadores* la había expresado en su lema “la emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores”; y había contribuido a que este

avance se hiciera realidad al otorgar una importancia primordial a las agrupaciones económicas. Pero, aún confundida estaba la preponderancia que ella les atribuía. Sin embargo, llegó el presentimiento de que el trabajo de transformación social debe comenzar desde abajo y que los cambios políticos son sólo una consecuencia de los cambios en el sistema de producción. Por eso exaltó la acción de los grupos corporativos y, naturalmente, legitimó el proceso de manifestación de su vitalidad y de su influencia, adecuada a su organismo que no es otra cosa que Acción Directa.

La Acción Directa es, de hecho, una función normal de los sindicatos, un carácter esencial de su constitución. Sería descaradamente absurdo que tales grupos se limitaran a aglutinar a los asalariados para adaptarlos mejor al destino al que los ha condenado la sociedad burguesa: producir para otros. Es bastante obvio que, en el sindicato, la gente se une para su *autodefensa*, para luchar personal y directamente, aunque sin ideas sociales claras. La identidad de intereses los atrae allí; vienen allí instintivamente. Allí, en este centro de la vida, se está haciendo una obra de fermentación, desarrollo, educación: el sindicato levanta la conciencia de los trabajadores aún cegados por los prejuicios que les inculca la clase dominante. Estalla en sus ojos, lucha, se revuelve; los prepara para las batallas sociales mediante la cohesión de esfuerzos comunes. De tal enseñanza, surge que cada uno debe actuar, sin depender nunca de que otros hagan el trabajo por sí mismos. Y es en esta gimnasia de impregnación de su propio valor en el individuo, y de exaltación de este valor, donde reside el poder fecundo de la Acción Directa. Ata el resorte humano, temple los personajes, refina las energías. Ella

enseña a tener confianza en sí mismo ¡A aceptarse a sí mismo! Ser dueño de uno mismo ¡A actuar uno mismo!

Sin embargo, si comparamos los métodos que se utilizan en los grupos y formaciones democráticas, vemos que no tienen nada en común con esta tendencia constante a una mayor conciencia, ni con esta adaptación a la acción que es el ambiente de los grupos económicos. Y no hay necesidad de suponer que los métodos vigentes en éstos se pueden transferir a otros. En otro lugar fuera del campo económico, la Acción Directa es una fórmula vacía, porque se contradice con el funcionamiento de los agregados democráticos, cuyo mecanismo obligatorio es el sistema representativo que implica, en última instancia, la inacción de los individuos. ¡Se trata allí de tener confianza en los representantes! ¡Contar con ellos! ¡Dejarlos actuar!

El carácter de acción autónoma y personal de la clase obrera, que se sintetiza en Acción Directa, se aclara y acentúa por su manifestación en el plano económico donde se desmoronan todas las ambigüedades, donde no puede haber malentendidos, donde cualquier esfuerzo es útil. En este nivel, se disocian las combinaciones artificiales del democratismo que amalgaman a individuos cuyos intereses sociales son antagónicos. Aquí el enemigo es visible. El Explotador y el Opressor no pueden esperar esconderse detrás de máscaras engañosas, o engañarse a sí mismos vistiéndose con harapos ideológicos, enemigos de clase que son; ¡y así aparecen con franqueza, brutalidad! Aquí, la lucha comienza cara a cara y todos los golpes se soportan. Cualquier esfuerzo conduce a un resultado tangible, perceptible: se refleja inmediatamente en

una reducción de la autoridad del empresario, en el aflojamiento de los obstáculos que rodean al trabajador en el taller, en un bienestar relativo. Y es por eso que, lógicamente, evoca la imperiosa necesidad de entendimiento entre hermanos de clase, de ir codo a codo en la batalla, uniéndose al enemigo común.

Además, es natural que tan pronto como se forma un grupo en una empresa, podamos inferir de su nacimiento que, consciente o inconscientemente, los trabajadores que allí se congregan se preparan para hacer sus propios negocios; que tienen la voluntad de enfrentarse a sus jefes y esperar resultados sólo de sus propias fuerzas; que pretenden actuar directamente, sin intermediarios, sin depender de otros para realizar las tareas necesarias.

La acción directa es acción puramente sindical, ilesa aleación franca de todas las impurezas, sin almohadillas que brinden amortiguación entre las partes en conflicto, sin ninguna de las denuncias que alteran el sentido y el alcance de la lucha: es acción sindical sin compromisos capitalistas, –sin jefes que sueñan apologías de “paz social”; es acción sindical, sin conexiones gubernamentales–; sin intromisión en el debate de las personas interpuestas.

Exaltación del individuo.

“No nos sorprendería que la política no sea ajena a estas divisiones, porque con demasiada frecuencia en la refriega se

llama a todos a participar en el trabajo común: todos están invitados a dejar de ser un cero humano, a no esperar más” olvidar la salvación de arriba o de afuera; a cada uno se le anima a tirar de mi mano en la masa, a no sufrir más pasivamente fatalidades sociales. La Acción Directa cierra el ciclo de los milagros –milagros del cielo, milagros del Estado–, y estando en oposición a las esperanzas en “providencias” de cualquier tipo, proclama la puesta en práctica de la máxima: ¡la salvación está en nosotros!

Este incomparable poder radiante de la Acción Directa ha sido reconocido por hombres de diversas opiniones y temperamentos, rindiendo así homenaje a este método cuyo fecundo valor social es indiscutible.

Fue Keufer quien, en junio de 1902, sobre la situación sindical de los vidrieros, entonces precarios y con sus organizaciones dislocadas, escribió:

“No nos sorprendería que la política no fuera ajena a estas divisiones, porque con demasiada frecuencia en las etapas de la refriega, muchos camaradas creen en la eficacia de la intervención de los políticos en defensa de sus intereses económicos.

Creemos, por el contrario, que los trabajadores, sólidamente organizados en sindicatos y federaciones de comercio o industria, adquirirán mayor fuerza y autoridad suficiente para tratar con los industriales en caso de conflictos, de manera directa e independiente. Sin que la

clase obrera espere otras ayudas que le fallarán. Hace falta que el proletariado se ocupe de sus asuntos.

Fue Marcel Sembat quien, en el Parlamento, se expresó de la siguiente manera:

“¿Acción directa? Es muy simple agrupar a los trabajadores en sindicatos y federaciones de trabajadores para llegar así, en lugar de a esperar todo del Estado, de la Cámara, en lugar de alargar perpetuamente su sombrero al Parlamento para que arroje con desprecio un centavo de vez en cuando, que los trabajadores se agrupen, se reúnan.

“Entendimiento entre trabajadores, acción directa sobre los empresarios, presión sobre el legislador para obligar, cuando sea necesaria su intervención, a cuidar a los trabajadores...

“... Sabemos –dicen los sindicalistas –, que las costumbres preceden a la ley, y queremos crear costumbres de antemano para que la ley se aplique más fácilmente si nos la dan o para que estemos obligados a votarla si nos hacen esperar demasiado”, porque ellos también quieren, no lo esconden, forzar ocasionalmente su mano sobre el legislador.

“¿Alguna vez los legisladores no necesitamos ser obligados a realizar nuestra función? ¿Nos ocupamos siempre espontáneamente de los males y abusos? ¿No es útil que quienes padecen estos males, quienes son perjudicados por estos abusos, protesten y se muevan para

llamar la atención e incluso imponer el remedio o la reforma que se ha hecho necesaria?

“Por eso, señores, estaría mal tratar de enfadarse contra estos hombres que predicán la Acción Directa; si intentan prescindir de los diputados tanto como sea posible, no los envidies...”

“Hay suficientes de ellos que no están tratando lo suficiente contigo como para que estés satisfecho de ver a los trabajadores intentando de agrupar a su clase en sindicatos, en organizaciones económicos, y hacer tanto como sea posible su propio trabajo...”

Vandervelde escribió en *People* de Bruselas:

“... Para arrancarle al capitalismo un hueso en el que haya algo de médula, no es suficiente que la clase obrera dé un mandato, a sus representantes para que luchen en su lugar.

“Lo hemos dicho muchas veces, pero no lo podremos decir lo suficiente, y es mucha verdad que sin Acción directa, no conseguimos reformas que sean obtenidas por gente interpuesta...”

“Ahora, si es lícito hacer un reproche a esta clase obrera belga que, dejada por sus explotadores y sus amos en la ignorancia y la miseria, ha dado, durante veinte años, tantas pruebas de valor y esperanza y de sacrificio, es, quizás haber confiado demasiado en la acción política y en la acción cooperativa, que requería un esfuerzo menor, y

no haber hecho lo suficiente por la acción sindical; es haber cedido demasiado a esta peligrosa ilusión de que el día que tuviera representantes en la Cámara, las reformas le caerían como alondras asadas en su boca...”

Así, encantados por los hombres antes mencionados, y también en nuestra opinión, la Acción Directa desarrolla el sentimiento de la personalidad humana, al mismo tiempo que el espíritu de iniciativa. En oposición a la holgura democrática, que se satisface con pastores y rebaños, ella sacude el letargo de los individuos y los eleva a la conciencia.

No regimenta ni agarrota a los trabajadores. ¡Al contrario! Les despierta el sentido de su valor y su fuerza, y los grupos que se constituyen inspirándose en ella, son aglomerados vivos y vibrantes donde, bajo el peso de su simple gravedad, de su movilidad inconsciente, el número no descarta el valor. Allí no se ahoga a los hombres de iniciativa y las minorías que son –y siempre han sido– el elemento del progreso, pueden florecer sin trabas y, con su esfuerzo propagandístico, realizar el trabajo de coordinación que precede a la acción.

La Acción Directa tiene, por tanto, un valor educativo inconfundible: enseña a pensar, a decidir, a actuar. Se caracteriza por la cultura de la autonomía, la exaltación de la individualidad, cuyo impulso de iniciativa es fermento. Y esta sobreabundancia de vitalidad, de expansión del “yo” no es en modo alguno incompatible con la solidaridad económica que une a los trabajadores, porque lejos de oponerse a sus intereses comunes, los reconcilia y los fortalece: la

independencia y la actividad del individuo no pueden florecer en esplendor e intensidad si no es hundiendo sus raíces en el fértil suelo de la solidaridad.

La Acción Directa, por tanto, libera al ser humano de la matriz de pasividad y desgana en que el democratismo tiende a confinarlo e inmovilizarlo. Le enseña a querer, en lugar de limitarse a obedecer, hacer un acto de soberanía, en lugar de delegar su acción. Como resultado, cambia el supuesto de la orientación social, de modo que las energías humanas, en lugar de agotarse en una actividad perniciosa y deprimente, encuentran en una legítima expansión el alimento necesario para su continuo desarrollo.

Educación expropiadora

Hace cincuenta años, en el siglo XIX, cuando los republicanos aún tenían convicciones, admitieron lo ilusorio, engañoso e impotente que era el sistema representativo, y buscaron la manera de obviar sus faltas, Rittinghausen, demasiado hipnotizado por las superficies políticas que supuso esenciales para el progreso humano, creyó haber encontrado la solución en la “representación directa”. Proudhon, por el contrario, sintiendo el sindicalismo, evoca el federalismo económico que supera, con toda la superioridad de la vida, los conceptos infértiles de todo politicismo: el federalismo económico, que está en gestación en las organizaciones obreras, implica la absorción por los elementos corporativos de las pocas

funciones útiles gracias a las cuales el Estado se engaña sobre su razón de ser y, al mismo tiempo, la eliminación de sus conexiones dañinas y represivas, gracias a las cuales se perpetúa la sociedad capitalista.

“Pero para que este florecimiento social sea posible, un trabajo preparatorio debe tener lugar, dentro de la sociedad actual, para coordinar los elementos que funcionarán para lograrlo. Esto es en lo que está trabajando la Clase Obrera. Así es como desde la base se construye el edificio; así como a partir de la base se realiza esta tarea interna que es, simultáneamente, obra de desintegración del Estado y obra de gestación del nuevo mundo. Ya no se trata de apoderarse del Estado, ni de modificar sus engranajes ni cambiar el personal; se trata de transformar el mecanismo de producción, eliminando al jefe del taller, de la fábrica, y construir la producción en beneficio propio, la producción en común y para el beneficio de todos... Eso es lo que traerá la consecuencia lógica, de la ruina del Estado.

Este trabajo de expropiación ha comenzado: paso a paso continúa con las luchas diarias contra el actual dueño de la producción, el capitalista; se socavan y disminuyen sus privilegios, se niega la legitimidad de su función de director y amo, se considera robo el diezmo que deduce de la producción de cada uno, con el pretexto de la remuneración del capital. Entonces, poco a poco, será expulsado de la gestión, hasta que finalmente será expulsado definitivamente.

Todo esto, este trabajo interno que se va a amplificar e intensificar cada día, es Acción Directa en flor. Y cuando la clase

trabajadora, habiendo crecido en fuerza y conciencia, esté en condiciones de tomar posesión y proceda a ella, ¡seguirá siendo Acción Directa!...

Cuando la expropiación capitalista se esté llevando a cabo, mientras los accionistas de las empresas ferroviarias verán sus títulos –“pergaminos” de la aristocracia financiera–, caídos a cero; mientras la secuela parasitaria de los directores y otros magnates ferroviarios se queden sin hacer nada, los trenes seguirán funcionando... Y esto, porque los ferroviarios habrán intervenido directamente: su sindicato, combate el desagrupamiento. Convertido a la producción colectiva, será en adelante responsable de la explotación, ya no con miras al beneficio personal, ni siquiera simple y estrictamente corporativa, sino para el bien común.

Lo que se hará en los ferrocarriles también se hará en todas las ramas productivas.

Pero, para realizar este trabajo de liquidación del viejo mundo de la explotación, la clase trabajadora debe haberse familiarizado con las condiciones para la gestión del nuevo entorno, adquiriendo la capacidad y la voluntad de llevarlo a cabo por sí misma; para afrontar las dificultades que se le presenten, sólo debe autoconocerse por su esfuerzo directo, por las habilidades que sacará de sí misma, y no por la gracia de “intermediarios”, de hombres providenciales. Obispos de nuevo estilo, en cuyo caso la explotación no se erradicaría y continuaría igual aunque de manera diferente.

La Revolución es un trabajo diario de acción.

Para preparar el camino, se trata entonces de oponer las concepciones, las fórmulas muertas, representativas del pasado que persiste, con nociones que nos dirijan hacia las materializaciones indispensables de la voluntad. Sin embargo, estos nuevos conceptos solo pueden surgir de la implementación sistemática de métodos de Acción Directa. Es el efecto, de la corriente profunda de autonomía y solidaridad humana, intensificada por la práctica de la acción, que surge y se concreta cuando el desorden social actual es sustituido por una organización donde sólo hay lugar para el Trabajo y, donde todo el mundo tendrá libre desarrollo de su personalidad y de sus facultades.

Gracias a la Acción Directa, este trabajo preparatorio para el futuro no contradice en modo alguno la lucha diaria. La superioridad táctica de la Acción Directa es precisamente su incomparable plasticidad: las organizaciones a las que da vida su práctica se cuidan de no limitarse a la espera, en pose hierática, de la transformación social. Viven la hora que pasa antes de toda la combatividad posible, sin sacrificar ni el presente por el futuro, ni el futuro por el presente. Además, de esta aptitud para afrontar simultáneamente las necesidades del momento y las del futuro y de esta concordancia entre la doble tarea a realizar simultáneamente, el ideal perseguido, lejos de oscurecerse o descuidarse, se encuentra, por este medio, muy hecho, aclarado y mejor entendido.

Y por eso es tan estúpido como mentiroso calificar a los revolucionarios inspirados por los métodos de Acción

Directa como “partidarios del todo o nada”. Ciertamente, son partidarios de arrebatar TODO a la burguesía. Pero, mientras esperan ser lo suficientemente fuertes para cumplir esta tarea de expropiación general, no permanecen inactivos y no desaprovechan ninguna oportunidad de conquistar mejoras parciales que, logradas mediante la reducción de los privilegios capitalistas, constituyen una especie de expropiación parcial y abren el camino a mayores demandas.

Parece, pues, que la Acción Directa es la concreción clara y pura del espíritu de revuelta: materializa la lucha de clases que hace pasar del dominio de la teoría y la abstracción al dominio de la práctica y el logro. En consecuencia, la Acción Directa es la lucha de clases vivida en el día a día, es el asalto permanente contra el capitalismo.

Y por eso es tan odiada por los políticos –odiada de una forma especial– que se han constituido en los “representantes”, los “obispos” de la democracia. Ahora bien, si la clase obrera, desdeñando la democracia, la supera y busca su camino más allá, en el campo económico, ¿qué será de los “intermediarios” que se erigen como defensores del proletariado?

Y por esta razón es aún más odiada y condenada por la burguesía. Ésta ve su ruina acelerada bruscamente por el hecho de que la clase obrera, aprovechando la Acción Directa, esa fuerza creciente de exaltación, rompa definitivamente con el pasado, y se constituya a sí misma por sus propios medios, una nueva mentalidad que está en proceso de crear el nuevo entorno.

II. NECESIDAD DE ESFUERZO

Puede parecer paradójico que sea necesario exaltar la necesidad de esfuerzo, ya que la lucha contra los obstáculos de cualquier orden que se opongan a la expansión humana es normal.

Fuera de la acción, de hecho, ¿qué hay, sino inercia, debilidad o aceptación pasiva de la servidumbre? En el período de depresión e inercia, los hombres se rebajan a bestias de carga, son esclavos sin esperanza; sus cerebros permanecen infértiles, sin vibraciones; y sin ideas el horizonte se cierra, el futuro no se puede asumir, no se puede ver nada mejor que el presente.

Pero, venga la Acción, el temblor del letargo, los cerebros anquilosados funcionan y una energía radiante transforma y fertiliza las masas humanas.

Es porque la Acción es la sal de la Vida... O, más simplemente y más exactamente, ¡es la Vida misma! Vivir es actuar... ¡Actuar es vivir!

El milagro catastrófico.

¡Son observaciones banales! Y, sin embargo, es necesario insistir en ellas, para glorificar la hazaña, porque una enseñanza deprimente ha saturado a la generación que pasa, la ha imbuido de fórmulas debilitantes. La inutilidad del esfuerzo se ha planteado como una teoría y se ha predicado que cualquier logro revolucionario resultará de la fatal interacción de los acontecimientos. La catástrofe, se anunció, se produciría automáticamente, cuando por un fatídico proceso, las instituciones capitalistas hayan alcanzado su voltaje máximo. ¡Entonces, por sí mismas, explotarían! Se proclamó superfluo el esfuerzo del hombre en el plan económico, se declaró ineficaz su acción contra el ambiente compresivo que padecía. Solo le quedaba una esperanza: infiltrar a su propio pueblo en los parlamentos burgueses y esperar el inevitable estallido catastrófico.

Nos enseñaron que esto ocurriría *a su debido tiempo*, mecánicamente, inevitablemente: con la concentración capitalista lograda mediante el juego de las leyes inmanentes de la producción capitalista misma, el número de potentados, estafadores y usurpadores del capital siempre iba disminuyendo... tanto, que llegaría un día en que, gracias a la conquista del Poder Político, los representantes electos del pueblo expropiarían mediante leyes y decretos al puñado de grandes barones del Capital.

¡Esta espera pasiva por la llegada de la Revolución—Mesías es una ilusión peligrosa y deprimente! ¿Cuántos años o siglos se tardarán conquistar los poderes públicos? Y entonces, suponiendo que los conquistaran, ¿en este momento habrá disminuido tanto el número de los magnates del Capital? Incluso admitiendo que la trustificación ha absorbido a la burguesía media, ¿se deducirá que esta última habrá sido derivada hacia el proletariado? ¿No será él, más bien, un número en los fideicomisos y la cantidad de parásitos que viven sin producir no será al menos igual a lo que es hoy? ¿No hay que asumir que los beneficiarios de la vieja sociedad resistirán las leyes y decretos de expropiación?

Tales problemas surgirían y ante los cuales la clase trabajadora se encontraría impotente, si cometiera el error de seguir hipnotizándose a sí misma con la esperanza de que ocurriera una Revolución sin un esfuerzo directo de su parte.

La llamada “Ley de latón”.

Al mismo tiempo que nos engañaba esa fe mesiánica en la Revolución, para deprimirnos más, para persuadirnos mejor de que no había nada que intentar, nada que hacer; para sumergirnos más completamente en la inmundicia de la inacción, fuimos adoctrinados con la *“ley de hierro del salario”*. Se nos dijo que en virtud de esta fórmula ineludible (debida especialmente a Ferdinand Lasalle), en la sociedad actual se pierde todo esfuerzo; toda acción es vana, porque las

repercusiones económicas restauran rápidamente al nivel de miseria, del que el proletariado no puede salir.

En virtud de esta *ley férrea*, que entonces se convirtió en la piedra angular del socialismo, se proclamó que “el salario medio normalmente no podía exceder la tasa estrictamente necesaria para la vida del trabajador”. Y se diría: “esta tasa está regulada por la presión capitalista y ésta puede incluso bajarla por debajo del mínimo necesario para la subsistencia del trabajador... La única regla para regular el salario es la abundancia o la escasez de mano de obra....”

Como prueba del inexorable funcionamiento de esta *ley del salario*, se compara al trabajador con una mercancía: si en el mercado abundan las patatas, son baratas; si hay escasez, aumentan de precio... Lo mismo ocurre con el trabajador, se decía: ¡su salario varía con la abundancia o la escasez de carne de trabajo!

Contra la secuencia lógica de este razonamiento absurdo, no se planteó ninguna objeción. Además, la ley del salario se puede considerar exacta... ¡siempre que un trabajador acepte ser una mercancía! Mientras, como un saco de patatas, permanezca pasivo, inerte y sufra las fluctuaciones del mercado... mientras doble la espalda, aguante todos los insultos de los empresarios... la ley del salario funcionará.

Pero es diferente tan pronto como un rayo de conciencia anima al trabajador–papa. Cuando, en lugar de confiar en la inercia, la debilidad, la resignación y la pasividad, el trabajador toma conciencia de su valor humano, se imbuje de un espíritu

de rebeldía; cuando vibra, enérgico, voluntario, activo; cuando, en lugar de permanecer estúpidamente apegado a sus compañeros (como una patata al lado de sus compañeras), entra en contacto con ellos, reacciona sobre ellos, como ellos reaccionan sobre él cuando el bloque obrero cobra vida... Entonces, se trastorna el ridículo equilibrio de la ley salarial.

Un nuevo factor: ¡La voluntad obrera!

Aparece un nuevo elemento en el mercado laboral: la *voluntad obrera*. Y este elemento, desconocido a la hora de fijar el precio de un celemín de patatas, influye en la fijación de los salarios; su acción puede ser más o menos grande, según el grado de tensión de la fuerza de trabajo, que es el resultado de la concordancia de las *voluntades* individuales que vibran al unísono, pero, fuerte o débil,

La cohesión obrera establece entonces, contra el poder capitalista, una fuerza capaz de resistirlo. La desigualdad de los dos adversarios –indiscutible cuando el explotador tenía un solo trabajador aislado frente a él– disminuye en proporción al grado de coherencia alcanzado por el bloque obrero. La resistencia proletaria, latente o aguda, es ahora un lugar común; los conflictos entre trabajo y capital se están intensificando, aumentando en agudeza. El trabajo no siempre sale victorioso de estas luchas parciales; sin embargo, incluso cuando se hace huelga, todavía hay beneficio para los trabajadores en lucha: su resistencia ha obstaculizado la

presión de los empresarios y, a menudo, incluso ha obligado al empresario a ceder parte de las quejas presentadas. En este caso, se comprueba el carácter de alta solidaridad del sindicalismo: el resultado de la lucha beneficia a los hermanos, al inconsciente, y los huelguistas se conforman con la alegría moral de haber luchado por el bienestar general.

Que la cohesión de los trabajadores elevará los salarios, los teóricos de la “ley de hierro” lo conceden con bastante gracia. Los hechos son tan tangibles que sería difícil para ellos hacer una negación seria. Pero, objetan que paralelamente al aumento de los salarios, hay un aumento del costo de la vida, de manera que “no aumenta el poder de consumo del trabajador” y que, por lo tanto, se cancela el beneficio de su subida de salario.

Hay circunstancias en las que se produce esta repercusión; pero este aumento del costo de la vida, directamente relacionado con el aumento de los salarios, no es tan constante como para que pueda establecerse como un principio. Además, cuando se produce este aumento, es, en la mayoría de los casos, la prueba de que el trabajador, después de haber luchado como *productor* contra su empleador, descuidó defenderse como *consumidor*. Muy a menudo, es la pasividad del comprador hacia el comerciante, del inquilino hacia el propietario, etc., lo que permite a los propietarios, comerciantes, etc., recuperar mediante aumentos sobre el trabajador, como consumidor, el beneficio de las mejoras que ha adquirido como productor.

Además, la demostración irrefutable de que la tasa salarial no resulta inevitablemente en un aumento paralelo del costo de vida se realiza en países con jornadas cortas y salarios altos: la vida es menos costosa y menos restringida que en países con jornadas largas y salarios bajos.

El salario y el coste de la vida.

En Inglaterra, Estados Unidos y Australia, el tiempo de trabajo diario suele ser de ocho horas (nueve horas como máximo), allí se practica el descanso semanal, los salarios son más altos allí que entre nosotros. A pesar de esto, la vida es más fácil allí. Primero, por el hecho de que tienen seis días de trabajo, o mejor cinco y medio (el trabajo se suspende, en la mayoría de los casos, la tarde del sábado) el trabajador gana para su autosuficiencia durante los siete días de la semana; en segundo lugar, porque como regla general, el costo de las cosas necesarias para la existencia es más bajo allí que en Francia, o al menos a un costo menor, en relación con los salarios¹.

1 Sobre el dicho de observadores superficiales, muchas personas aceptan sin control y repiten también que “la vida es cara” para los países mencionados anteriormente. Lo cierto es que allí los artículos de lujo son muy caros; la vida de las “relaciones” es muy cara allí; por otro lado, todo lo que es de primera necesidad es barato allí. Es más, ¿no sabemos que, de Estados Unidos, por ejemplo, recibimos trigo, frutas, conservas, productos manufacturados, etc., que (a pesar del incremento que están sujetos al costo de transporte) y también a pesar del derechos de aduana) compiten, en nuestro mercado, con productos similares? Por lo tanto, es bastante obvio que estos productos no se venden, en los Estados Unidos, a precios más altos... Cabe mencionar muchos otros hechos convincentes. El marco de un folleto no lo permite.

Estas observaciones invalidan la “ley de hierro”. La invalidan tanto más cuanto que es imposible afirmar que los altos salarios de los países en cuestión son la simple consecuencia de la escasez de mano de obra. En Estados Unidos y también en Australia, como en Inglaterra, el desempleo abunda. Por tanto, es obvio que si en estos países las condiciones de trabajo son mejores es porque entra en su establecimiento un factor distinto a la abundancia o escasez de trabajadores: la *voluntad* del trabajador. Estas mejores condiciones son fruto del esfuerzo de los trabajadores, de la voluntad proletaria negándose a aceptar una vida vegetativa y limitada, y es a través de la lucha contra el Capital que fueron conquistados. Sin embargo, las batallas económicas que han mejorado las condiciones, por violentas que fueran, no crearon una situación evolutiva: no han entrenado, cara a cara, como enemigos, al Trabajo contra el Capital. Los trabajadores no han adquirido, al menos en general, la *conciencia del trabajo*; sus aspiraciones se han limitado hasta ahora a una mejor adaptación dentro de la sociedad actual. ¡Pero los tiempos están cambiando! Esa conciencia de clase que les faltaba, ingleses, yanquis, etc., están en camino de adquirirla.

Si del examen de los países con salarios altos y jornadas cortas pasamos al examen de nuestras regiones campesinas donde, seguros de encontrar una población ignorante y dócil, varios industriales montaron sus fábricas, se puede observar el fenómeno contrario: los salarios son muy bajos y las condiciones laborales excesivas. Es que, aquí, la voluntad de trabajo está en letargo, la *presión capitalista* por sí sola determina las condiciones de trabajo; el trabajador ignorándose a sí mismo y sin conocer su fuerza se reduce aún

más al estado de “mercancía”, de modo que la llamada “ley del salario” actúa en su contra, sin ningún contrapeso. Pero, que una llama de revuelta venga a vivificar a este explotado y se modifique la situación. Bastará que el polvo humano, que hasta entonces era la masa proletaria, se coagule en un bloque sindical para que la presión patronal sea neutralizada por una fuerza, –débil e incompetente al principio–, pero que rápidamente crecerá en poder y conciencia.

Así, se comprueba, a la luz de los hechos, cuán ilusoria y falsa es esta llamada ley del salario. ¿“Ley Brazen” fue bautizada? ¡Venga! ¡Ni siquiera es una ley del caucho!

Lamentablemente, más graves que un simple error de razonamiento fueron las consecuencias de la infiltración de esta fórmula fatídica en el mundo obrero. ¡Qué sufrimiento y decepción ha engendrado! Demasiado tiempo, por desgracia, la clase trabajadora ha holgazaneado y dormido sobre esta almohada decepcionante. Era una secuencia lógica: la teoría de la inutilidad del esfuerzo conducía a la inacción. Desde que se proclamó la esterilidad del acto, la inutilidad de la lucha, la imposibilidad de mejora inmediata, cualquier inclinación a la revuelta fue sofocada. En efecto, ¿de qué sirve luchar, si se reconoce de antemano que el esfuerzo es vano e infructuoso; si debemos correr al fracaso? Dado que en la batalla no debe haber nada más que conmoción, sin esperanza de un pequeño beneficio, ¿no es mejor quedarse quieto?

Y es la tesis que dominó. La clase obrera se acomodó a una apatía que le hizo el juego a la burguesía. Además, cuando bajo la presión de las circunstancias, los trabajadores se vieron

obligados a entrar en conflicto, la lucha fue aceptada solo con pesar; vinieron a hacer la huelga como un mal que sufrían, por no poder evitarlo, y al que se resignaron, sin esperar que su resultado favorable pudiera acarrear una mejora real.

El exceso de miseria, no es fermento de revuelta.

Al mismo tiempo que esta creencia dañina en la imposibilidad de romper el círculo de hierro de la “ley del salario”, y como una deducción excesiva, tanto de esta “Ley” como de la confianza en el advenimiento fatal de la Revolución, a través de los normales eventos del juego político, sin la intervención del esfuerzo de los trabajadores, algunos se regocijaron si observaban el aumento de la “pauperización”, el aumento de la miseria, la arbitrariedad de los empresarios, la opresión del gobierno, etc. Para escuchar a estos pobres razonadores, ¡del exceso de mal debe haber surgido la Revolución! Entonces, cualquier aumento de miserias, calamidades, etc., les parecía algo bueno. Se acercaba la hora fatídica.

¡Error loco! Absurdo. La abundancia de males, cualquiera que sea su tipo, no tiene otro resultado que deprimir a quienes los padecen. También es fácil darse cuenta. En lugar de pagar por frases, simplemente mire y observe a su alrededor.

¿Cuáles son las corporaciones donde la actividad sindical es más marcada? Son aquellas donde las horas de trabajo no son

excesivas, los compañeros pueden, terminada su obra, vivir una vida, relacionarse, ir a las reuniones, cuidar de los asuntos comunes; son aquellos donde el salario no se reduce a un nivel tan bajo que cualquier deducción por una contribución, una suscripción a un periódico, la compra de un libro equivale a la retirada de una barra de la mesa.

Por el contrario, en oficios donde la duración e intensidad del trabajo son excesivas, cuando el trabajador sale de la cárcel patronal, es “asesinado” física y cerebralmente; entonces, sólo tiene ganas –antes de irse a casa, de comer y dormir– de tragar unos tragos de alcohol, para sacudirse, levantarse y para darse un empujón.

No piensa en ir al sindicato, en ir a reuniones, ¡no se le ocurre!; su cuerpo está desgastado, por lo que su cerebro deprimido es incapaz de funcionar.

Asimismo, ¿de qué esfuerzo es capaz el desgraciado que ha caído en una miseria endémica, el harapiento al que la falta de trabajo y las privaciones han eliminado? Quizás, en un arranque de rabia, esboce un gesto de rebelión... ¡pero será un gesto sin repetición! La miseria lo vació de toda voluntad, de todo espíritu de rebelión.

Estas observaciones, que todos pueden verificar, son la invalidación de esta extraña teoría de que el exceso de miseria y opresión es la levadura de la revolución. ¡Lo contrario es lo correcto, lo cierto! El ser débil, cuyo destino es precario, que tiene una vida restringida, que es esclavo material y moralmente, no se atreverá a dar patadas bajo la

explotación; por miedo a lo peor, se acurrucará, no intentará ningún movimiento, ningún esfuerzo y languidecerá en su dolorosa situación. Es diferente con alguien que por la lucha se ha convertido en un hombre, que, teniendo una vida menos estrecha, tiene una mente más abierta, y que, habiendo mirado a la cara a su explotador, se sabe igual a él.

Por tanto, las mejoras parciales no dan como resultado que los trabajadores se duerman; al contrario, son para ellos un consuelo y una ilusión para reclamar y exigir más. Bienestar, que siempre es consecuencia de la manifestación de la fuerza proletaria, –tanto si los interesados lo consiguen con una dura lucha, o que la burguesía se juzgue prudente y hábil, y para mitigar los choques que prevé o teme, haga concesiones–, tiene como resultado elevar la dignidad y la conciencia de la clase obrera, y también –y sobre todo– aumentar y acentuar su combatividad. Al salir de la pobreza –fisiológica e intelectual– la clase trabajadora se está volviendo más refinada; adquiere una mayor sensibilidad, siente más la explotación que sufre y tiene más voluntad de liberarse de ella; adquiere también una visión más clara de la oposición irreductible que existe entre sus intereses y los de la clase capitalista.

Pero por importantes que se les supongan, las mejoras detalladas no pueden sustituir lo que la Revolución, hace a la economía: “¡La expropiación capitalista sigue siendo necesaria para que sea factible la liberación completa!”.

De hecho, supongamos que se las arreglan para comprimir fuertemente las ganancias del capital, para aniquilar el papel negativo del Estado; es poco probable que esta compresión

pueda llegar a cero. Los informes no habrían cambiado para eso: todavía habría, por un lado, empleados, gobernados y por el otro, jefes, gerentes.

Es obvio que las conquistas parciales (por importantes que se las suponga y aunque erosionen gravemente los privilegios) no tienen la consecuencia de modificar las relaciones económicas, que son las de patrón a trabajador, de líder a dirigido. Entonces, seguimos con la subordinación del trabajador frente al Capital y al Estado. Por tanto, el problema social sigue sin resolverse ya que la “barricada” que separa a los productores de los parásitos no se desplaza, y mucho menos se aplanan.

No importa cuán cortas sean las horas de trabajo, cuán alto sea el salario, cuán “cómoda” pueda ser la fábrica desde el punto de vista de la higiene, etc., siempre que exista la relación entre empleador y empleado, gobernador y gobernado, habrá dos clases, luchando una contra otra. Y esta lucha ganará en agudeza y alcance, ya que la clase explotada y oprimida, creciendo en fuerza y conciencia, tendrá una noción más exacta de su valor social: por lo tanto, a medida que se levanta, que se educa, que mejora, es cada vez con más energía que socava los privilegios de la clase antagonista y parasitaria.

¡Y esto, hasta el estremo general! Hasta el día en que la clase obrera, después de haber preparado la ruptura definitiva, después de haberse endurecido por sus continuas escaramuzas más frecuentes contra su clase enemiga, será poderosa para dar el asalto decisivo... Y eso será la Acción Directa llevada al máximo: ¡la Huelga General!

Así, en suma, el examen preciso de los fenómenos sociales permite discrepar de la teoría fatalista que proclama la inutilidad del esfuerzo y contra la tendencia a asumir que lo mejor solo puede provenir de un exceso de mal. Por el contrario, de una visión clara de estos fenómenos surge la noción de un proceso de acción creciente: notamos que los retrocesos de la burguesía, las conquistas parciales que se llevan a cabo sobre ella, acentúan el espíritu de revuelta; y constatamos también que, como la vida engendra la vida, la acción engendra la acción.

III. FUERZA Y VIOLENCIA

La Acción Directa, manifestación de la fuerza y de la voluntad del trabajo se materializa, según las circunstancias y el entorno, mediante actos que pueden ser muy inofensivos, como también pueden ser muy violentos. Es una cuestión de necesidad, simplemente.

Por tanto, no existe una forma específica de acción directa. Algunos, informados muy superficialmente, lo explican como una copiosa batalla de adoquines. Satisfacernos con una definición semejante –agradable para los vidrieros– sería considerar este florecimiento de la fuerza proletaria desde un ángulo realmente estrecho; eso sería reducir la Acción Directa a un gesto más o menos impulsivo, y eso sería descuidar de ella lo que hace su alto valor, eso sería olvidar que es la expresión simbólica de la revuelta obrera.

La Acción Directa es la Fuerza Laboral en el trabajo creativo: es la Fuerza que da origen a una nueva ley, ¡que hace la ley social!

La fuerza es el origen de todo movimiento, de toda acción y, necesariamente, es su corona. La vida es el florecimiento de la

fuerza y, fuera de la Fuerza, no hay nada más que nada. Fuera de ella, nada se manifiesta, nada se materializa.

Para engañarnos mejor y mantenernos bajo su yugo, nuestros enemigos de clase nos han enseñado que la Justicia inmanente no necesita la fuerza. ¡Tonterías de explotadores del Pueblo! Sin la Fuerza, la Justicia es solo engaño y mentira. De ello da testimonio el doloroso martirologio de los Pueblos a lo largo de los siglos: aunque sus causas eran justas, la fuerza, al servicio de los poderes religiosos y de los amos seculares, ha hundido, aplastado a los pueblos; y eso, en nombre de una supuesta justicia que no fue más que una monstruosa injusticia. ¡Y este martirologio continúa!

Minoría contra minoría.

Las masas trabajadoras son siempre explotadas y oprimidas por una »minoría parasitaria que, si tuviera sólo su propia fuerza, ¡no podría mantener su dominio ni un día ni una hora! Esta minoría obtiene su poder del consentimiento inconsciente de sus víctimas: esta minoría fuente de toda fuerza, que sacrificándose por su propia clase “crean y perpetúan el Capital, sostienen al Estado”.

Sin embargo, hoy no más que ayer, no puede bastar, derribar a esta minoría, diseccionar las mentiras sociales que le sirven de principios, revelar su iniquidad, exhibir sus crímenes. Contra

la Fuerza brutal, la Idea reducida a su único medio de persuasión es derrotada de antemano. Porque la Idea, el Pensamiento, por bello que sea, es sólo una pompa de jabón si no se basa sobre la Fuerza, si no es fecundado por ella.”

Entonces, para que cese el sacrificio inconsciente de las mayorías por una minoría malvada, ¿qué se debe hacer?

Que haya una fuerza capaz de contrarrestar lo que la clase poseedora y dominante extrae de la debilidad y la ignorancia populares. Depende de los obreros saber cómo materializar esta fuerza: el problema consiste, que quienes tienen la voluntad de escapar del yugo, reaccionen ante tanta pasividad y busquen, como mayorías llegar a una comprensión correcta.

Esta necesaria tarea de cohesión revolucionaria se lleva a cabo dentro de la organización sindical: en el sindicato, se constituye y se desarrolla una minoría creciente que busca adquirir suficiente poder para primero contrarrestar y luego aniquilar las fuerzas de explotación y de 'opresión'.

Este poder, todo propaganda y acción, trabaja primero para iluminar a los desdichados que, al hacerse los defensores de la clase burguesa, continúan la épica repugnante de los esclavos, armados por sus amos para luchar contra los libertadores rebeldes. En esta tarea preparatoria, no se puede concentrar demasiado esfuerzo. De hecho, es necesario comprender plenamente el poder de compresión que constituye el militarismo. Contra el pueblo desarmado están sus propios hijos con armas superiores. Sin embargo, abunda la evidencia histórica que muestra que todos los levantamientos populares

que no se han beneficiado ni de la neutralidad ni del apoyo del ejército, han fracasado. Por lo tanto, es para paralizar esta fuerza inconsciente, prestada a los líderes por una parte de la clase trabajadora, por la que debemos luchar continuamente.

Una vez obtenido este resultado, aún será necesario romper la fuerza propia de la minoría parásita, que sería muy erróneo considerar como insignificante.

Tal es, en términos generales, la tarea que corresponde a los trabajadores conscientes.

Violencia inevitable.

En cuanto a predecir en qué condiciones y cuándo se producirá el choque decisivo entre las fuerzas del pasado y las del futuro, es cuestión de hipótesis. Lo que podemos certificar es que tirones, colisiones, contactos más o menos bruscos lo habrán precedido y preparado. Y lo que también se puede decir es que las fuerzas del pasado no resolverán abdicar y someterse. Sin embargo, es precisamente esta resistencia ciega al progreso ineludible lo que, con demasiada frecuencia en el pasado, ha marcado el logro del progreso social con brutalidad y violencia. Y no se puede enfatizar lo suficiente: la responsabilidad de esta violencia no es de los hombres del futuro. Para que el pueblo se decida por una rebelión categórica, las necesidades deben obligarlo a participar; el pueblo sólo lo resuelve cuando toda una serie de experiencias

le han demostrado la imposibilidad de evolucionar por medios pacíficos e, incluso en estas circunstancias, su violencia es sólo la respuesta, benigna y humana, a la violencia excesiva y bárbara de sus amos.

Si el pueblo tuviese instintos violentos, no soportaría veinticuatro horas más la vida de miserias, privaciones, trabajo arduo, moteado de villanías y crímenes, que es la existencia a la que los obliga la minoría parasitaria y explotadora. No es necesario, en este sentido, recurrir a explicaciones filosóficas, para demostrar que los hombres no nacen “ni buenos ni malos” y que se convierten en unos u otros, según el entorno y las circunstancias. La cuestión se resuelve con la observación diaria: es indudable que el pueblo, sentimental y apacible, no tiene nada de la violencia endémica que caracteriza a las clases dominantes y que es el cemento de su dominación. La legalidad no es la capa de luz sino una mancha de hipocresía, destinada a enmascarar esta violencia fundamental.

El pueblo, deprimido por la educación que se le inculca, saturado de prejuicios, se ve obligado a hacer un esfuerzo considerable para tomar conciencia. Pero aun cuando lo ha logrado, lejos de dejarse llevar por la legítima ira, obedece al principio del mínimo esfuerzo; él está buscando, sigue el camino que le parece más corto y menos lleno de dificultades, como las aguas que, siguiendo la pendiente, van al océano, aquí tranquilas, allá retumbantes, según encuentren más o menos obstáculos. Por supuesto, va a la Revolución, a pesar de los obstáculos que acumulan los privilegiados en su camino; pero va allí con sobresaltos y vacilaciones que son consecuencia de su talante apacible y su deseo de evitar

soluciones extremas. Entonces, cuando la fuerza popular, derribando los obstáculos que se le oponen, pasa como un huracán revolucionario sobre las sociedades antiguas, es porque no le ha quedado ningún otro medio de expansión. Es, en efecto, innegable que si esta fuerza pudiera haber florecido sin trabas, en virtud del principio del mínimo esfuerzo, no se habría exteriorizado en acciones violentas y se manifestaría pacífica, majestuosa y tranquila. El río que, con una lentitud olímpica e irresistible, rueda pacíficamente hacia el mar, ¿no está formado por las mismas moléculas líquidas que, fluyendo a torrentes por los valles profundos, arrastraron furiosamente los obstáculos que se oponían a su curso? Así ocurre con la fuerza popular.

La ilusión de los paliativos.

Pero, dado que el pueblo no recurre a la fuerza por placer, sería peligroso pretender compensar este recurso recurriendo a paliativos esencialmente parlamentarios y democráticos. Por lo tanto, no existe un mecanismo de votación, ni el referéndum, ni ningún otro proceso que pueda liberar al dominante de los *desiderata* populares, mediante los cuales se pueda esperar ahorrarse los movimientos revolucionarios. Caer en tales ilusiones sería recaer en las dolorosas experiencias del pasado, cuando las virtudes milagrosas atribuidas al sufragio universal concentraban la esperanza general. Por supuesto, es más conveniente creer en la omnipotencia del sufragio

universal, o incluso del referéndum, que ver la realidad de las cosas. Eso prescinde de actuar, pero, por otro lado, no acerca la liberación económica.

En el análisis final, siempre debemos volver al resultado inevitable: ¡El uso de la fuerza!

Sin embargo, dado que cualquier proceso de votación, referéndum, etc., es incapaz de revelar el alcance e intensidad de la conciencia revolucionaria, ni de sustituir el recurso a la fuerza, no se debe concluir en contra de su valor relativo. El referéndum, por ejemplo puede tener sus usos. En determinadas circunstancias, nada mejor que recurrir a él. A través de él, es conveniente –para casos ponderados con precisión y claridad– identificar la orientación del pensamiento de los trabajadores. Además, las organizaciones sindicales saben cómo utilizarlo, cuando surge la necesidad (tanto aquellas que, sin haberse liberado todavía por completo del dominio capitalista, pretenden el intervencionismo estatalista, como las que claramente son revolucionarias). Y esto, desde hace mucho tiempo. Ni los unos ni los otros han esperado que eso se instale como sistema o que se busque hacer de él un derivado de la Acción Directa, por lo que es absurdo argumentar que el referéndum se opone al método revolucionario, del mismo modo que lo sería afirmar que a menudo es una necesidad ineludible. Es un mecanismo para calcular cantidades, insuficiente para medir cualidades. Por eso no sería prudente esperar que pudiera ser una palanca capaz de sacudir los cimientos de la sociedad capitalista. Su práctica, aunque sea acentuada, no aportará las iniciativas necesarias y el vigor esencial, cuando lleguen las horas psicológicas.

Es pueril hablar de un referéndum, cuando se trata de una acción revolucionaria, –como el asalto a la Bastilla–. Si, en julio de 1789, la Guardia Francesa no hubiera sobrepasado al pueblo, si una minoría consciente no lo hubiera hecho, no se habría asaltado la fortaleza... si hubiéramos querido, de antemano, prejuzgar el destino de la odiosa prisión mediante un referéndum, es probable que todavía bloqueara la entrada al Faubourg Antoine.

La hipótesis planteada sobre el asalto a la Bastilla puede ser aplicada a todos los eventos revolucionarios para ponerlos a prueba en un referéndum hipotético y se deducirán conclusiones similares.

No. No hay panacea sufragista o refrendista que pueda compensar el recurso a la fuerza revolucionaria.

Pero, la cuestión debe estar claramente definida, este recurso a la fuerza no implica la inconsciencia de la masa. Al contrario

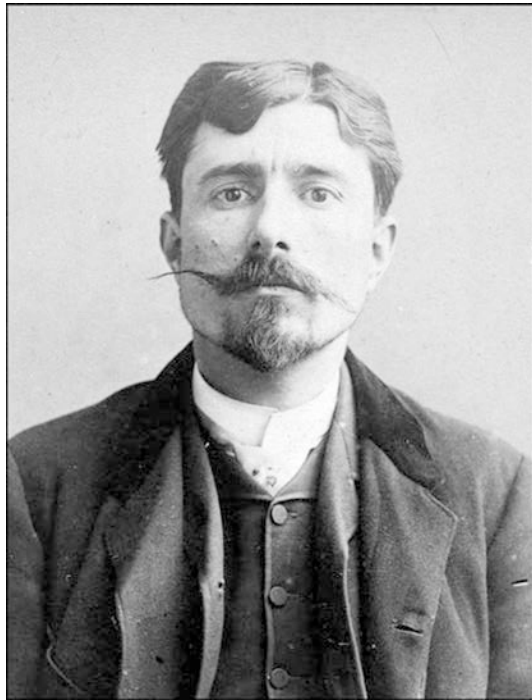
Y es tanto más eficiente cuanto esté más dotada de una conciencia más iluminada.

Para que la revolución económica que la sociedad capitalista porta en sus flancos finalmente eclosione y conduzca a logros en los que retrocesos y movimientos feroces de reacción sean imposibles, es necesario que los que trabajan sepan lo que quieren y como lo quieren. Deben ser seres conscientes y no impulsivos. Sin embargo, la fuerza numérica, no nos equivoquemos, es realmente efectiva, desde el punto de vista revolucionario, que sí es fertilizado por la iniciativa de los

individuos y su espontaneidad. Por si mismo, es nada más que una masa de hombres sin voluntad “que podría compararse con una masa de materia inerte que sufre impulsos que le transmiten desde el exterior.

Así, resulta que la Acción Directa, mientras proclama el uso inevitable de la fuerza, prepara la ruina de regímenes de fuerza y violencia, para reemplazarlos por una sociedad de conciencia y armonía, y esto, porque es la popularización en la vieja sociedad autoritaria y explotadora de las nociones creativas que liberan al ser humano; desarrollo del individuo, cultivo de la voluntad y entrenamiento para la acción.

Por lo tanto, nos vemos llevados a concluir que la Acción Directa, además de su valor de fertilización social, conlleva en sí misma un valor de fertilización moral, porque afecta a aquellos a quienes fecunda, los libera de los gánsters y los excita a irradiar en vigor y en grandeza.



ACERCA DEL AUTOR

ÉMILE POUGET (1860-11931), nació el 12 de octubre de 1860 en Pont-de-Salars, Aveyron, (Francia) y murió el 21 de julio de 1931 en Lozère, hoy parte de Palaiseau, Essonne (Francia). Fue un anarco-comunista francés, que adoptó tácticas cercanas al anarcosindicalismo. Fue el vicesecretario de la Confederación General del Trabajo francesa entre 1901 y 1908.

Emile Pouget nació en 1860 cerca de Rodez, en el departamento de Aveyron. Su padre, que se desempeñaba como notario, murió joven. Su madre volvió a casarse. Fue a la escuela secundaria en Rodez, donde comenzó sus estudios, iniciando allí su pasión por el periodismo a los 15 años. Fundó

allí un periódico, “Le Lycéen républicain” (El estudiante republicano).

En 1875, murió su padrastro y Emilio se vio obligado a abandonar la escuela secundaria para ganarse la vida. Después de cumplir con su horario de trabajo, comenzó a frecuentar las reuniones públicas de grupos progresistas y rápidamente se encontró totalmente comprometido con la propaganda revolucionaria.

Ya en 1879, participó en la fundación en París del sindicato de obreros textiles: Syndicat des employés du textile. Allí logró publicar su primer panfleto antimilitarista.

En 1881 se unió a un grupo de anarquistas franceses en el Congreso Internacional de Londres, que siguió a la disolución de la Primera Internacional.

El 8 de marzo de 1883 la unión de ebanistas invita a los desempleados a una reunión al aire libre que se celebrará en la Esplanade des Invalides. La policía irrumpió, y los manifestantes se dispersaron y saquearon tres panaderías.

En la plaza Maubert el grupo que integraban Louise Michel y Pouget se enfrentó a una fuerza significativa de la policía. Cuando la policía se abalanzó para arrestar a Louise Michel, Pouget hizo lo que pudo para liberarla, pero también fue detenido. Fue condenado a 8 años de prisión por “robo a mano armada”, y permaneció en la prisión de Melun hasta 1886, gracias a una amnistía concedida tras la presión de Rochefort.

El 24 de febrero de 1889 se publicó la primera edición de “Le Père Peinard” un pequeño folleto, con reminiscencias de “La Lanterne de Rochefort” y escrito en el estilo pintoresco de Père Hubert Duchesne, aunque un poco más proletario.

Desde los primeros números de “Le Père Peinard,” se alababa a los movimientos de huelga y las manifestaciones del 1º de mayo.

Después del asesinato en 1894 del presidente Sadi Carnot y la consiguiente represión del movimiento anarquista, se exilió en Inglaterra a fin de evadirse del Juicio de los treinta.

Volvió a Francia en 1895 debido a la amnistía otorgada por el presidente Félix Faure.

En 1896, Pouget preconizaba la idea del sabotaje como medio de lucha contra los capitalistas, punto de vista expresado a través de numerosos panfletos y artículos periodísticos.

Entre 1901 y 1908 fue elegido vicesecretario de la Confédération générale du travail (CGT), representando la tendencia anarcosindicalista del sindicato.

Pouget también participó en la *Charte d'Amiens* de 1906 (se dice que fue redactada por él), que estableció las bases del sindicalismo revolucionario francés. Al año siguiente dirigió el periódico “La Voix du Peuple”, que era editado por la CGT desde el 1 de diciembre de 1900. En 1909 se distanció del movimiento sindicalista.